

XV Domingo del Tiempo Ordinario B

Am 7, 12-15; Sal 84; Ef 1, 3-14; Mc 6, 7-13

Y llama a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos. Les ordenó que nada tomasen para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja; sino: "Calzados con sandalias y no vistáis dos túnicas." Y les dijo: "Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí. Si algún lugar no os recibe y no os escuchan, marchaos de allí sacudiendo el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos." Y yéndose de allí, predicaron que se convirtieran; expulsaban a muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

El domingo anterior, veíamos a Cristo que se maravillaba de la falta de fe de aquellos que le habían visto crecer en su pueblo natal. La liturgia de esta semana va por la línea del profetismo, por el Bautismo todos los creyentes participamos de la función de Cristo como sacerdote, profeta y rey; y por el Bautismo se nos confirma la elección que sobre nosotros realiza Dios, que nos elige y nos llama a la santidad. En este sentido, las bendiciones de la Epístola a los Efesios que se expresan a través de las palabras: amor, santidad, don gratuito, revelación del misterio, elección y llamamiento a la santidad, estas no son sólo bendiciones de las que el pueblo de la antigua alianza era consciente, sino que son expresiones del don gratuito y libre que Dios nos concede al hacernos sus hijos.

El evangelio nos presenta el envío de Cristo a los apóstoles, envío que está señalando que todo fiel creyente es un hombre en misión, pues si por el Bautismo Dios nos ha elegido como sus hijos, también por el Bautismo hemos sido revestidos del carácter profético. Todo creyente está llamado a ser un profeta-enviado de Dios, pues estamos llamados a anunciar aquello que no es nuestro, estamos llamados a anunciar y a dar gratis aquello que gratis hemos recibido. El Papa Benedicto XVI dice: «...Tras la pasión y la resurrección de Cristo el carácter universal de la misión de los apóstoles se hará explícito. Cristo enviará a los apóstoles "por todo el mundo" (Mc 16, 15), a "todas las gentes" (Mt 28, 19; Lc 24,47, "hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8). Y esta misión continúa. Siempre continúa el mandamiento del Señor de reunir a los pueblos en la unidad de su amor. Esta es nuestra esperanza y este es también nuestro mandamiento: contribuir a esa universalidad, a esta verdadera unidad en la riqueza de las culturas, en comunión con nuestro verdadero Señor Jesucristo...» (Benedicto XVI, Catequesis: Los apóstoles, testigos y enviados de Cristo, 22 de marzo de 2006).

Ser cristiano, como ser profeta, no es una profesión o modo de vivir, es una vocación a la que Dios llama, es Él quien nos elige no somos nosotros. El profeta Amós, como los doce apóstoles y como tantos otros, son llamados y enviados. Este llamado implica vivir de la fe y denunciar el mal-el pecado, además de predicar la buena nueva de la salvación. Así el profeta Amós en la

primera lectura y los apóstoles en el evangelio son ejemplos de una respuesta válida a la vocación a la que Dios les había llamado. Nosotros, por el bautismo, estamos revestidos de Aquel que nos envía, pero también hemos de aceptar las consecuencias de la misión que nos ha sido confiada. Con frecuencia nos hallamos solos y sin protagonismos; entonces toda la fuerza estará en el poder de la Palabra de Dios y en la fe que la hace posible.

El Papa Benedicto XVI dice: «...característica (de los apóstoles) es la de "haber sido enviado". El mismo término griego apóstolos significa precisamente "enviado, mandado", es decir, embajador y portador de un mensaje; debe actuar por tanto como encargado y representante de un mandante. Una vez más sale a primer plano la idea de una iniciativa de otro, la de Dios en Jesucristo, a la que se está plenamente obligado; pero sobre todo subraya el hecho de que se ha recibido una misión de parte de Él que hay que cumplir en su nombre, poniendo absolutamente en segundo plano cualquier interés personal...» (Benedicto XVI, San Pablo como apóstol, 10 de septiembre de 2008).

La Iglesia, es la continuadora de esta misión, por ello es también liberadora de tantas esclavitudes que sufre el hombre hoy. Por eso, la Constitución *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II expresa que en la naturaleza del ser de la Iglesia, ésta se concibe en cuanto que está en una continua misión evangelizadora con relación a los hombres. La Iglesia es un pueblo profético que está llamado a proclamar las maravillas de Dios. Dentro de ella todos los creyentes estamos llamados a sentirnos animados del Espíritu de Cristo resucitado que nos da fuerza para denunciar el mal y conquistar un verdadero espíritu de libertad interior. Jesucristo no nos ha dejado solos, pues nos ha dicho que está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Al respecto del envío de los apóstoles dice San Gregorio: «...Se añade muy oportunamente: "Delante de Él, a toda ciudad y lugar, a donde Él había de venir". El Señor sigue a sus predicadores. La predicación prepara y entonces el Señor viene a vivir en nuestra alma, cuando preceden las palabras de la exhortación y la verdad se recibe así en la mente. Por esto dice Isaías a los predicadores (Is 40,3): "Preparad los caminos del Señor, enderezad las sendas que a Él conducen"...»

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar.